

vaban las líneas fortificadas de Szent-Tomach, rechazando todos los ataques de los jefes húngaros Kisz y Mezaros, cuyas fuerzas detenidas allí se hallaban separadas del ejército general. Esta lucha de los serbios contra los húngaros adquirió el carácter de una guerra, y lo era indirectamente, á favor del monarca legítimo, especialmente desde que este había declarado aquel territorio voivodazgo dependiente directamente de él y desde que había restablecido el patriarcado cismático griego en su capital Carlowitz. En efecto, habiendo muerto en 27 de diciembre Suplicac, el voivoda recién elegido, el emperador era la única autoridad directa y superior en el territorio; y en enero de 1849 los húngaros habían evacuado también las comarcas limítrofes, la Bacska y el Banato. En Transilvania luchó la insurrección local contra el dominio húngaro, indirectamente á favor del poder central. Los jefes militares de este último país, Puchner y Urban, por orden superior de Viena, se declararon abiertamente contra el gobierno de Pest, su autoridad superior inmediata, y sin perder tiempo organizaron los somatenes rumanos, que con saña feroz y bestial se arrojaron sobre las poblaciones magyares. Klausenburg no se libró de su furor sino pagando una contribución de dos millones de florines, y á mediados de noviembre casi toda la Transilvania volvió á hallarse sometida á la autoridad imperial.

Esta era la situación de Hungría al Sur y al Este. Por el Oeste y el Norte, desde el Drave hasta los montes Carpacios cercaban al país fuerzas abrumadoras. El primer cuerpo de ejército, mandado por Jellachich, estaba destinado á operar á la derecha del Drave, y el segundo, á las órdenes de Werbna, á la izquierda del mismo río; en la isla del río Mur estaba Nugent con 6,000 hombres; Simunich estaba á orillas del Morava; el conde de Schlick cerca de Dukla, en Galitzia, y todas estas fuerzas, con las divisiones estacionadas en la Transilvania y el Banato, componían un total de 110,000 hombres. Así, pues, á despecho de la pesada indolencia y nimia observancia de las reglas de táctica del general en jefe, que hicieron perder mucho mas tiempo del necesario en los preparativos de las operaciones, no era dudoso el buen éxito del plan de campaña, combinado por el infeliz Latour y que consistía en un avance simultáneo de todos los puntos de la periferia al centro para ahogar la revolución en Pest, como se había hecho en Viena y en Praga. Entonces Görgey, viendo la imposibilidad de resistir el empuje convergente de una línea de ataque tan larga y contra fuerzas tan superiores, propuso retirarse con el gobierno y el parlamento al otro lado del río Theiss, para dar tiempo á completar los armamentos y á organizar el ejército, en vías de formación todavía; pero Kossuth, presidente de la junta de defensa nacional, se opuso á este plan, porque con el terreno dominaria también el enemigo la población y con ella se perderían un número proporcional de defensores y otros recursos. Por tanto se acordó sostenerse en las posiciones ocupadas (1).

La primera embestida de los austriacos fué dada por Schlick, que dispersó al somaten húngaro que intentó impedirle el avance; tomó luego á Eperias y Kaschau, destruyó el cuerpo de ejército de Mezaros, que había acudido para recuperar la última plaza en 4 de enero de 1849 y amenazó después el flanco derecho de los húngaros con grave peligro de estos. La hueste de Görgey se dispersó al primer contacto con las tropas de Jellachich, cuando quiso impedir á este el paso del Leith; los austriacos ocuparon á Presburgo y las posiciones fortificadas cerca de Raab casi sin disparar un tiro, á excepción de la acción del 28 de diciembre, en que

(1) Görgey, *Mi vida y mis trabajos en Hungría*, tomo I, pág. 118.—G. Klapka, *Memorias*, 1850-1861.

fué alcanzada y derrotada la retaguardia de Görgey cerca Babolna. Al mismo tiempo Simunich atravesó los Carpacios menores y derrotó el día 16 á Guyon, encargado de proteger á Tyrnau. En Raab Windischgratz publicó un manifiesto amenazando ahorcar á toda persona que prestara auxilio á las autoridades revolucionarias, arrasar toda población hostil al gobierno legítimo y confiscar los bienes de todos los rebeldes.

A fin de acabar con la impresión desmoralizadora que producía en el país y en la tropa nacional la retirada no interrumpida de todas las fuerzas, cedió Perczel á las instancias de Kossuth y volvió con sus 7,000 hombres á hacer frente al enemigo, que era el ejército de Jellachich; pero su tentativa de impedirle salir del bosque de Bakony le costó una derrota cerca de Moor el día 31 de diciembre. En esta jornada el general croata no pudo valerse de su jefe de estado mayor Zeisberg porque habiendo bebido demasiado la noche anterior, se quedó dormido á la sombra de un árbol (2). Tantas derrotas, que ya no era posible disimular con estudiados partes, sembraron el terror hasta en la capital, la cual envió una comisión compuesta de las personas mas notables al cuartel general de Windischgratz, ofreciéndole una tregua; pero el vencedor ni siquiera quiso recibir al presidente de la comisión, que era el conde de Batthyany, y los comisionados tuvieron que regresar á Pest con la respuesta de que el feld-mariscal no se contentaba con menos que con rendirse á discreción. En esta situación apurada no quedó ya otro remedio que seguir el primitivo consejo de Görgey, y así se decidió abandonar la capital y retirar el gobierno nacional al otro lado del Theiss, donde el clima, la topografía y otras circunstancias locales serían sus aliados poderosos. En su virtud, el parlamento y la junta de defensa nacional, con las insignias de la corona y de los billetes de Banco se trasladaron á Debreczin; Perczel cubrió la retirada cerca de Szolnok, y Görgey con 16,000 hombres tomó posiciones cerca de Waitzen, con el doble objeto de distraer la atención de Windischgratz por medio de una contramarcha en la orilla izquierda del Danubio y de socorrer á Leopoldstadt, sitiada por Simunich.

El 5 de enero entraron los austriacos en Buda-Pest y la Gaceta oficial de Viena anunció «la conclusión de la gloriosa campaña;» todo el mundo oficial se hizo lenguas para ensalzar al salvador de la monarquía y el único descontento que hubo fué el partido militar, que se lamentaba de la excesiva facilidad de la victoria. El ejército vencedor se regaló á costa de los vencidos, y solo los tribunales y verdugos trabajaron. Entre los presos hallábanse también Luis Batthyany, su cuñado el conde Karolyi, Pazmandy y los generales Hrabowsky, Lázar y Moga. Hasta los individuos que habían permanecido ajenos á la revolución ó que solo habían tenido que ver poco con ella, fueron obligados á presentarse y justificarse ante una comisión especial nombrada á este efecto.

Tan perdida estaba la causa húngara que la mayor parte de los oficiales y jefes antiguos del ejército se salieron de las filas.

Görgey salvó por de pronto la situación, pero con él sobrevino el peor de los males: la división entre el gobierno y el partido militar, porque este jefe ambicioso y pendenciero odiaba á Kossuth por sus principios democráticos y por ser su superior como presidente de la junta de defensa. En una arenga que dirigió á sus tropas desahogó en términos apasionados su ira contra el gobierno y el parlamento, declarando solemnemente que el ejército solo defendía la constitución

(2) Hellert: *Historia de Austria desde el fin de la insurrección de Viena del mes de octubre*, tomo IV, pág. 360. Obra alemana.

sancionada por el rey Fernando (emperador de Austria y rey de Hungría), lo cual tuvo que dejar pasar sin correctivo la junta de defensa, que completamente inerte se veía obligada á soportar todas las insolencias de aquel militar, cuyos servicios y talento le eran indispensables.

El plan estratégico de Görgey, después de haber tenido que renunciar á socorrer á Leopoldstadt, era unirse al ejército del Theiss; pero la superioridad numérica del enemigo que le rodeaba le obligó á internarse en el país montuoso, inhospitalario y cubierto de nieve que se extiende entre Chemnitz, Kremnitz y Neusohl. En esta madriguera concibió el plan de atacar por la espalda á la división de Schlick, que no dudando de la victoria se preparaba á arrojar al otro lado del Theiss á la hueste que el joven y eminente patriota Jorge Klapka acababa de reunir cerca de Tokaj, y también á hacer salir al gobierno revolucionario de Debreczin como Windischgratz lo había hecho huir de Pest. Dos veces había atacado Schlick el campamento de Klapka, que otras tantas veces le había rechazado, cuando llegó como por encanto Görgey, que con sus fuerzas y las de Klapka atacó á Schlick y le obligó á abandonar á Kaschan y á retroceder poco menos que huyendo hasta el grueso del ejército austriaco, renunciando á su comunicación con la Galitzia. A no haber sido por las excisiones entre Görgey y la dirección suprema de la guerra, le habría cortado en su huida Perczel, que salía á su encuentro desde el Sur, después de haber derrotado á una brigada de caballería austriaca mandada por Ottinger, cerca de Szolnok.

Para la junta de defensa nacional, presidida por Kossuth, Görgey y otros jefes no eran bastante democráticos, y buscando había encontrado un generalísimo á su gusto en la persona del anciano Dembinsky, uno de aquellos polacos que tomaban parte en todas las revoluciones con la esperanza, en caso de salir victoriosas, de coadyuvar á la redención de su patria. Para que esta esperanza se realizara llevaba á cada revolución juntamente con su talento y pericia militar todo un programa político que para la Hungría consistía en formar con los pueblos eslavos autónomos un estado federal como baluarte poderoso contra la Rusia. Pero como este plan no era el objeto de la revolución húngara, y hasta repugnaba á la mayoría del país, suscitó resistencias en gran parte del ejército que paralizaban su eficacia y aprovechaban al enemigo. A esto se agregaron el carácter brusco y pendenciero de Dembinsky y su ignorancia del carácter é índole del país y de sus habitantes, motivos bastantes para sembrar la discordia y enconar los ánimos hasta un grado peligrosísimo. A esta circunstancia debió Schlick su salvación, Perczel dimitió, y Görgey y Klapka apenas pudieron reprimir su coraje por haber visto contrariado su plan.

Bajo tales auspicios emprendió Dembinsky un movimiento ofensivo contra Pest, debiendo cooperar Görgey y Klapka desde Erlau, Repásy desde Szolnok y Damjanick desde el Sur, pasando por Cybakhaza; pero por desgracia salió cabalmente por entonces el flemático generalísimo austriaco Windischgratz de su inactividad á fuerza de las vivas instancias de Schlick, que impaciente por borrar su último descalabro no le dejaba punto de reposo, y con efecto, opuso á Dembinsky cerca de la aldea de Kapolna, en 27 de febrero, el grueso de las fuerzas austriacas. La lucha fué tenaz y la decidió Schlick con un avance impetuoso sobre el flanco derecho de Dembinsky, que obligó á este á ordenar la retirada.

Bajo el punto de vista estratégico habría tenido escasa importancia esta batalla de Kapolna, porque en nada cambió las posiciones relativas de los dos ejércitos; mas para los húngaros tuvo la consecuencia importante de hacer pasar el

mando en jefe á Görgey. Por lo pronto fué tan grande la indignación de los jefes Görgey, Aulich, Repásy, Klapka y otros, que se negaron á servir á las órdenes del polaco, y Kossuth no tuvo mas remedio que sacrificarles su protegido; pero en lugar de nombrar en su reemplazo al general Görgey, al cual tocaba el mando por antigüedad pero que por sus ideas moderadas inspiraba graves recelos á los demócratas, nombró á Vetter. Este cayó luego gravemente enfermo y entonces pasó el mando en jefe de hecho á Görgey, á cuyo lado quedó Kossuth en representación de la junta de defensa nacional.

La corte imperial en Olmütz y los altaneros gobernantes austriacos no se dignaron preguntar, examinar ni estudiar lo que pasaba entre los húngaros, ni mucho menos aprovechar la aversión que Kossuth inspiraba á la mayoría del parlamento húngaro reunido en Debreczin, ni atraerse hábilmente á las personas que se inclinaban á un arreglo amistoso. Esta arrogancia de los soberbios vencedores hizo que á pesar de la torpeza é incapacidad que hasta entonces habían distinguido la dirección de las operaciones militares de parte de los húngaros, las victorias de las armas austriacas se cambiaran en vergonzosísima derrota.

El polaco Bem, nombrado por Kossuth general en jefe de las fuerzas húngaras en Transilvania, fuerzas que en realidad estaban por crear, inició el cambio de la situación militar cuando nadie esperaba tales proezas en aquel territorio, al cual Kossuth le había destinado mas bien para alejarle del partido democrático polaco con el cual Bem corría muy mal, que para otra cosa. Sin embargo, apenas llegó á Transilvania organizó una fuerza de diez mil húngaros montañeses con la cual emprendió una campaña de guerrillas tan magistralmente dispuesta y dirigida, y desarrolló una actividad y rapidez de movimientos tan asombrosas, que en menos de una semana arrebató la mayor parte de la Transilvania al bravo pero pesado general austriaco Puchner. En las batallas campales cerca de Hermanstadt y Medgyes, Bem fué derrotado y perdió en su consecuencia las ciudades de Klausenburg y Maros Vasarhely; pero cuando todos le creyeron vencido y perdido, arrojóse súbitamente sobre la división de Urban, le hizo retroceder á la Bukovina, y aterró tanto á Puchner que este en su atolondramiento llamó en su auxilio las fuerzas rusas que á las órdenes del general Lüders habían sido enviadas por el czar Nicolás para ocupar los principados danubianos, aprovechando la confusión general en los demás países europeos para recuperar la tutela que en virtud del tratado de Hunkiar-Skelessi había ejercido sobre estos territorios y que había perdido con la renuncia de este tratado.

Pronto acudieron los rusos, que ocuparon el 2 de febrero las ciudades de Hermanstadt y Brassó (1) en Transilvania. Cubierta así la espalda obligó Puchner á Bem á salvarse con su gente en Segesvár (2) pero cuando menos se pensaba en él, volvió á aparecer en escena, tomó con su rapidez acostumbrada el 11 de marzo otra vez á Hermanstadt y arrojó con empuje irresistible á los rusos y austriacos con su jefe Puchner por el desfiladero de la Puerta Trajana (en húngaro Vörös-Torony) por donde los rusos habían entrado, al territorio valaco. A fines de marzo estuvo toda la Transilvania, con excepción de la pequeña fortaleza de Caroly-Fehervar (Karlsburg), en poder de Bem, que pudo entonces ponerse en contacto con Perczel, el cual entretanto había luchado con buen éxito contra los serbios, arrebatándoles las fortificaciones de Szent-Tomach, los antiguos baluartes romanos, y

(1) En alemán Kronstadt.
(2) En alemán Schässburg.

socorriendo la plaza de Peterwardein, de suerte que con el auxilio de Bem volvió a hacer ondear la bandera húngara en todo el Banato.

Entre tanto Windischgrätz continuaba en Pest sin moverse, esperando la rendición de Comorn, que sus tropas estaban sitiando. Vacilando desde que Damjanich había descalabrado su vanguardia en 5 de marzo, cerca de Szolnok, cansaba su gente en marchas y contramarchas inútiles. Esta inactividad permitió a Görgey operar la reunión de las partidas sueltas húngaras en un solo ejército de 50,000 hombres con 182 piezas de artillería en la línea de Kapolna a Poroszló. Gaspar y Pöltenberg abrieron las operaciones ofensivas atacando en 2 de abril a la división de Schlick, desalojándola de Hatvan y haciéndola retroceder hasta Gödöllo; y dos días después Klapka, Aulich y Damjanich alcanzaron una victoria cerca de Tapio Bieske que les hizo dueños de todas las carreteras que conducen desde el Theiss a la capital. Con esto amenazaron el flanco derecho de Windischgrätz, el cual, habiendo sido rechazado por las fuerzas de Aulich cerca de Isaszeg el 6 de abril, continuó su retirada hasta Pest y dijo en su parte que lo hacía «para aproximarse a sus reservas, movimiento que el enemigo sigue muy apresurado.» El día 10 tomó Damjanich a Waitzen, y con la acción del día 19 arrojó a los austriacos hasta el otro lado del río Waag, quedando de este modo libre la plaza de Comorn.

Gran pena causó al gobierno imperial relevar de su puesto al generalísimo Windischgrätz, el nunca bastante alabado salvador de la monarquía, pero cuya ineptitud política y militar se había patentado demasiado para dejarle continuar en su puesto; y así se le doró la píldora del mejor modo posible y se confió el mando interinamente al anciano general Welden. Jellachich, que tampoco había sabido hacerse útil, fué enviado con un ejército a Esseg para tener a raya a los eslavos meridionales. El nuevo generalísimo se convenció en seguida que tenía que emplear toda su actividad para salvar al ejército, reducido y desanimado por las luchas y fatigas, el cólera y el tífus, y que el punto que más urgía defender no era la capital de Hungría sino la de todo el imperio. Dejó, pues, al general Hentzi con el encargo de defender la fortaleza de Buda hasta el último trance para ganar tiempo, y se retiró con las demás fuerzas hasta la frontera, desde donde había de volverse a hacer la guerra como se hizo cuatro meses atrás.

De poco sirvieron a los húngaros estos resultados brillantísimos a causa de las discordias de los jefes y del mismo entusiasmo nacional, que les arrastró más allá del terreno legal. Era esta la defensa de los derechos nacionales anti-quísimos, conculcados con el cambio de soberano verificado sin observar el procedimiento legal y tradicional, conculcado que hasta entonces había servido a lo menos de pretexto para significar la resistencia armada y de base común a todos los partidos y patriotas húngaros; y el abandono de esta base común, en la embriaguez de la victoria, produjo nuevas excisiones, destruyó la unidad en la dirección de las operaciones militares y quitó a la revolución húngara las simpatías de las personas monárquicas y legitimistas dentro y fuera del país.

El recobro de Buda por los húngaros el 21 de mayo, cuya plaza defendió Hentzi hasta quemar el último cartucho, y la entrada solemne de Kossuth el 6 de junio en la capital de Pest, dominada hasta entonces por los cañones de Buda, parecieron dos garantías lisonjeras de una próxima victoria final que dejara perfectamente establecida y respetada la independencia política de Hungría. Para que esto se realizara habrían acaso bastado la buena voluntad, la unión y concordia más perfectas y el valor de los húngaros mientras

el emperador hubiese tenido sus mejores regimientos y generales entretenidos en Italia y mientras no se valiera, como lo hizo, del auxilio armado de otra potencia amiga; pero ninguna de estas condiciones capitales se cumplió, y así la revolución quedó al fin vencida y la Hungría a merced del gobierno de Viena. Mal era ya, y muy trascendental, así como cosa inexplicable hasta para los mismos austriacos, que los húngaros directores de la campaña dejaran retirarse a Welden a Viena sin perseguirle hasta la capital del imperio; descuido o lo que fuese que produjo la pérdida final de la causa húngara, al decir de los mismos jefes Görgey, Klapka y Kossuth, que luego se atribuyeron mutuamente la culpa de esta falta.

La conclusión feliz para el Austria de la guerra contra el rey Carlos Alberto permitió al emperador llamar por lo pronto a Viena a varios generales de la escuela de Radetzky, que devolvieron a las tropas que habían regresado de Hungría, la confianza en una dirección capaz de conducirlos a la victoria. Entre estos generales recibió el mando en jefe de la nueva campaña contra los húngaros el feroz Haynau, hijo natural del príncipe elector de Hesse Guillermo I, que en Verona y Brescia (1) había adquirido con su cruel energía una fama siniestra.

Mientras los húngaros trabajaban en vano para conseguir el reconocimiento de su independencia por las potencias extranjeras, el joven emperador encontró un poderoso aliado, el czar de Rusia, al cual el gobierno imperial se había dirigido confidencialmente, aunque inútilmente, en el mes de noviembre del año anterior, rogándole que ocupara la Galitzia con fuerzas rusas. Como esta negativa no había impedido la reciente cooperación de tropas rusas en la Transilvania, el gobierno austriaco cuando temió ver llegar a los húngaros a Viena, volvió a humillarse ante el czar, y el orgulloso ministro Schwarzenberg suplicó a este antiguo rival del Austria en el Sudeste de Europa, que le prestara su poderoso auxilio para someter a la Hungría. El czar Nicolás, providencia de todos los gobiernos absolutos en su lucha contra la revolución, tenía en este caso un interés capital muy directo, porque si la revolución ganaba la victoria en Hungría era seguro que también conmoviera la Polonia. Pero esta consideración no le impidió saborear a sus anchas la satisfacción de humillar al gobierno austriaco, el cual en lugar de un ejército auxiliar como deseaba, tuvo que darse por muy contento con que el czar se dignara encargarse de la obra de someter a la nación rebelde y admitiera la cooperación de las fuerzas austriacas en calidad de auxiliares, dando el papel principal a las suyas, cuyo efectivo se reservó fijar a su voluntad. Solo a fuerza de muchos ruegos consintió en agregar al ejército austriaco una división rusa a las órdenes de Panjutine. El czar nombró general en jefe del ejército ruso a Paskievitz, y en una entrevista de los dos emperadores en Varsovia fijaron la apertura de la campaña común para mediados del mes de junio.

Puntualmente como estaba convenido, una parte del ejército ruso, compuesto de 150,000 hombres y dividido en cuatro columnas, atravesó los desfiladeros de los Carpatos y bajó a las llanuras de Hungría, mientras el general Lüders con la otra parte volvió a penetrar desde la Valaquia en Transilvania. Ya a la primera noticia del convenio del emperador con el czar, había sido grande la consternación de los húngaros, y Kossuth había propuesto el medio heroico de devastar todo el país radicalmente delante

(1) Por las grandes crueldades cometidas en esta última ciudad, donde hasta a las mujeres hizo azotar en público por sus opiniones liberales, adquirió el triste sobrenombre de *Hiena de Brescia*. Contaba entonces ya 62 años. (N. del T.)

de los rusos, para que no hallaran ni viveres ni poblaciones donde fijarse ni otro recurso alguno; mas para tan gran sacrificio no tuvo valor el pueblo, exhausto, empobrecido, arruinado por la masa del papel moneda y desilusionado, mientras la magnitud de la certeza del peligro en lugar de aproximar las voluntades no hacía más que aumentar los celos, las envidias y el odio de los jefes militares al presidente Kossuth por su ingerencia en las operaciones de la guerra, odio del cual Görgey, que había subido a generalísimo y ministro de la Guerra, hacia hasta gala en todas ocasiones. Después de mucho vacilar, Görgey, para impedir la reunión de los dos ejércitos enemigos, pasó la orilla izquierda del Danubio, muy lejos de sospechar que Haynau, a fin de evitar todo contacto con el altanero general ruso, había resuelto operar independientemente en la orilla derecha. Así Görgey, al querer forzar el paso del río Waag, fué rechazado el 20 y 21 de junio cerca de Pered, con grandes pérdidas, por las fuerzas de Haynau. Una semana después, el 28 de junio, tomó este último, en presencia del emperador, que había acudido a su campamento, la plaza fuerte de Raab, cuya guarnición era demasiado débil para sostenerla. Estas desgracias determinaron al consejo superior de guerra húngaro a dejar una fuerte guarnición en Comorn y concentrar el grueso de sus fuerzas entre los ríos Theiss y Maros, para desde allí, apoyado en el Banato, atacar a los enemigos aisladamente. Al propio tiempo trasladó el gobierno con el parlamento a Szegedin, y Kossuth aumentó la situación aflictiva con la torpeza de quitar el mando en jefe a Görgey para darlo a Mezaros, que hasta entonces había estado desafortunado en todas las acciones. Sin embargo, la resistencia abierta de toda la oficialidad obligó al dictador a dejar a Görgey siquiera el mando del ejército del Danubio, con el cual continuó sin hacer caso de la orden de retirarse hasta el Theiss, movimiento que no efectuó hasta haber dado todavía dos ataques si bien infructuosos, a los austriacos, el 3 y el 11 de julio cerca de Acs.

Mientras Klapka se quedaba con diez y ocho mil hombres en Comorn, Görgey, amenazado a la derecha del Danubio por los rusos, a los cuales rechazó en varias acciones, y a la izquierda por los austriacos, marchó describiendo un dilatado arco de círculo por Miskolez y Nyiregyháza hacia el Theiss y llegó con su ejército sano y salvo a Grosswardein. Si los austriacos, conforme habían convenido con el generalísimo ruso Paskievitz, hubiesen corrido detrás de los húngaros picando continuamente su retaguardia, no cabe duda que antes de llegar a Waitzen habría quedado destruido el ejército de Görgey; pero Haynau solo pensaba en salvar el honor de las armas austriacas sofocando sin el auxilio ruso la revolución en el Mediodía de Hungría, ocupando la capital antes que los rusos, socorriendo la plaza de Temesvar, estrechamente cercada por los húngaros, y poniéndose en contacto con Jellachich, que se sostenía en su posición principal en la meseta de Tittel, hasta donde le habían rechazado los generales húngaros Vetter y Guyon a consecuencia de la acción del 14 de julio cerca de Hegyes. En 3 de agosto llegó Haynau a Szegedin antes de que los húngaros hubiesen tenido tiempo de concentrar allí sus fuerzas como habían determinado. Los restos del parlamento se trasladaron a Arad, que después de tres meses de sitio había sido ocupada por las tropas húngaras y que estaba destinada a servirles de postrer apoyo; mas para esto no les dejó tiempo Haynau, que habiendo forzado el paso del Theiss y derrotado a los húngaros el 5 de agosto cerca de Szöred, los empujó fuera del camino de Arad al de Temesvar. Aquel mismo día fué destruido y dispersado por el general ruso Lüders cerca de Gross-Scheuren el ejército de Bem, que hasta entonces había

sabido resistir, luchando con el heroísmo de la desesperación al enemigo, inmensamente superior. Herido Bem, llegó con el resto de los suyos delante de Temesvar, donde tomó el mando en jefe en el puesto de Dembinsky, militar inepto; pero en la batalla del 9 de agosto contra las fuerzas de Haynau, estas quedaron vencedoras y salvaron a Temesvar, que hasta entonces había resistido a todos los ataques de los húngaros. Görgey, que acudía al socorro de Bem y Dembinsky, llegó a Arad cuando se perdió esta última batalla de Temesvar. El 11 de agosto dimitió Kossuth a instancias del consejo superior de guerra todas sus dignidades y autoridad a favor de Görgey, y huyó a Turquía, y dos días después Görgey, que ya estaba desde algún tiempo antes secretamente en tratos con el generalísimo ruso, se entregó a este con más de veintifre mil hombres y ciento cuarenta y cuatro piezas de artillería en los campos de Vilagos (1), cuando vio que todo estaba perdido y para no tener que rendirse a los austriacos. Así Paskievitz pudo escribir al emperador Nicolás: «La Hungría está a los pies de V. M. Tengo la dicha de participarle que la única condición puesta fué el permiso de poder deponer las armas delante de los ejércitos de V. M.» Las demás fuerzas húngaras siguieron el ejemplo y se entregaron una tras otra; Bem se salvó en territorio turco después de una última acción que perdió el 15 de agosto cerca de Lugos; solo Klapka se sostuvo en Comorn hasta el 27 de setiembre, en cuyo día capituló obteniendo condiciones aceptables.

Muy injustamente se acusó a Görgey de traición, pero rindiéndose expresamente a los rusos en lugar de hacerlo a las fuerzas del soberano legítimo, que eran también las que dirigidas por Haynau habían decidido la campaña, exasperó el odio y la sed de venganza de este jefe brutal, que ignoraba la virtud de perdonar y lo que era generosidad. Vencedor, era verdugo, y los castigos que decretaba eran dictados por su saña feroz y su instinto vengativo, a los cuales el emperador y su gobierno dejaron rienda suelta. Radetzky dijo de él: «Haynau es una navaja de afeitar que cuando se la ha hecho servir debe volvérsela a encerrar al momento en su estuche.» En Arad hizo ahorcar nueve jefes militares húngaros de alta graduación y fusilar a otros tres, Görgey se libró de la horca por la intervención rusa y fué internado en Klagenfurt, capital de Carintia. El conde de Batthyany, condenado igualmente a la horca, fué fusilado, porque una herida que él mismo se había hecho en el cuello para suicidarse hizo imposible el empleo de la cuerda; los condenados a encierro perpetuo fueron innumerables; los oficiales de la infantería húngara fueron alistados como soldados rasos en regimientos austriacos, é infinitas otras personas fueron sometidas a otros castigos. A tanto llegó la ferocidad del vencedor que hasta el gobierno inglés significó al de Austria en los términos más rudos la repugnancia y el horror que causaba a la nación inglesa su conducta en Hungría. El pueblo inglés mostró su indignación a Haynau cuando este tuvo el atrevimiento de visitar en 1850 la capital de Inglaterra, y al presentarse en la grandiosa fábrica de cerveza de Barclay, los mozos de la cervecería le quisieron aplicar la ley de Lynch al ver su nombre en el álbum donde firmaban los visitantes (2).

La constitución húngara fué considerada como abolida

(1) Población del distrito de Arad.

(2) Ashley, tomo I, pág. 139. Al año siguiente, en el mes de agosto, se escapó de otra paliza en un jardín público en Bruselas, donde la multitud le gritó por las calles:—¡Asolador de mujeres!—La ciudad de Viena le adoptó en cambio por hijo suyo. En el citado viaje fué celebrado y obsequiado igualmente en Berlín, Francfort y otras ciudades alemanas.